

Mientras Ike da los últimos coletazos y Cuba comienza a enfrentar los efectos de la peor catástrofe natural en 45 años -dos potentes huracanes en apenas ocho días-, una tormenta política se cierne sobre el sur de Florida.

Millones de cubanos necesitan la mano que podemos tenderles desde esta orilla, pero todo presagia que las diferencias políticas a nivel gubernamental y comunitario se confabulan para impedir que el alivio llegue a los damnificados.

El previsible debate sobre cómo canalizar la ayuda sacude a un exilio profundamente escindido por motivos políticos y demográficos. La campaña presidencial ha profundizado la brecha.

Tras el azote del huracán Gustav el 30 de agosto, la Fundación Nacional Cubano Americana se alineó con la petición de la campaña de Barack Obama para levantar las restricciones en el envío de remesas a la Isla, mientras que el Consejo Cubano por la Libertad, junto a los congresistas floridanos de ambos partidos y un sector considerable de organizaciones del exilio, respaldaron la política oficial de enviar la ayuda dentro de las restricciones existentes.

Es improbable que la devastación causada por Ike saque de sus trincheras a alguna de las partes. Un notable segmento de las organizaciones del exilio está integrado y dirigido por personas que salieron de la Isla en los años 60 y 70 y

choca con la sordera de los gobiernos de Washington y La Habana. El primero ya ofreció una ridícula asistencia de 100 mil dólares y se niega a levantar temporalmente el embargo; el segundo, se da el lujo de rechazar la mínima ayuda y busca aprovechar la situación para obtener créditos, el principal remanente de las sanciones comerciales estadounidenses.

En 1996, tras el huracán Lili, la desconfianza mutua y una maniobra del exilio para mezclar la ayuda con etiquetas de propaganda impidieron que gran parte de los suministros enviados desde Estados Unidos llegaran a sus destinatarios. Un intento similar probablemente arrojaría ahora los mismos resultados.

Por eso la única manera de asegurar que la ayuda llegue a los damnificados es levantando completamente las restricciones en los envíos -hoy no se puede mandar ni ropa ni zapatos a quienes no tienen qué vestir ni qué calzar- y las remesas desde Estados Unidos, aunque sea sólo por unos pocos meses.

La iniciativa ha logrado ya consenso entre un número creciente de organizaciones del exilio. Pero no será suficiente.

El levantamiento provisional de las restricciones en ventas a Cuba, solicitado por intelectuales y disidentes -entre ellos una tradicional defensora del embargo como Martha Beatriz Roque-, no va a apuntalar el régimen que resistió ya

AYUDA Y PATRIOTISMO*

Por IVETTE LEYVA MARTÍNEZ

sus descendientes, que tienen poco o ningún nexo familiar y afectivo con los cubanos de intramuros.

Algunos de esos viejos exiliados a duras penas pudieron contener su entusiasmo ante el furioso castigo de la naturaleza a Cuba. Lo interpretan como una señal divina del inicio de ese fin que han esperado durante tantas décadas. Lamentablemente, esos que aún osan llamarse patriotas y para quienes la Isla se ha convertido en una fría abstracción, ignoran que en la historia moderna ningún sistema social se ha derrumbado por un cataclismo natural.

El debate sobre la ayuda también pone al desnudo una descarnada contradicción que viene produciéndose en el exilio de Miami: las oleadas migratorias de los últimos 15 años tienen un enorme peso en la composición demográfica de la comunidad, pero ninguno en su representación política. Asqueados de la política de ambas orillas en todas sus manifestaciones y matices, decenas de miles de exiliados recientes han escogido vivir al margen de cualquier militancia.

Con suerte, situaciones en las que el clamor popular por permitir más ayuda directa a las familias no tiene eco en los llamados "representantes" del exilio, impulsarán el surgimiento de líderes dentro de ese sector apolítico que aún tiene a Cuba cerca mediante vínculos familiares y amistosos. Pero ese momento no se avizora a corto plazo.

Si a nivel comunitario la desesperación de los damnificados cubanos provoca fieros debates, a nivel gubernamental



una caída del 35% de su PIB: solamente aliviará a decenas de miles de familias desamparadas.

Estoy escéptica pero deseo que al menos esta vez los políticos de Miami y de Washington puedan poner el sentimiento de solidaridad humana por encima de sus concepciones sobre el manejo de las relaciones con Cuba. Quizás el fantasma del poder cubano que marcó las elecciones presidenciales de 2000 logre hacerlos ceder por temor a que ahora se exprese en un voto de castigo para los republicanos.

Ojalá hubiera en esta orilla más gente como aquella mujer que en la Ermita de la Caridad le pedía a la Virgen que el ciclón Ike se desviara a Miami --donde podía resistirse mejor el impacto-- para que no afectara directamente a la gente en Cuba. Esos, para mí, son los verdaderos patriotas del exilio.



*Trabajo publicado en *El Nuevo Herald*, el 10 de septiembre de 2008.